

## La Europa de ayer

*La publicación simultánea de las memorias de Stefan Zweig y Klaus Mann recupera el ambiente cultural de entreguerras*



Coinciden en librerías los testimonios de dos intelectuales cuyas vidas y carreras literarias palidecieron ante el implacable avance del nazismo.

### MEMORIAS

“El mundo de ayer” / “El món d'ahir”

Stefan Zweig

TRAD. AL CASTELLANO DE J. FONTCUBERTA Y A. ORZESZAK, Y AL CATALÁN DE J. FONTCUBERTA • EL ACANTILADO / QUADERNS CREMA • 552/531 PÁGS. • 3.900 PTAS.

### ROBERT SALADRIGAS

**N**o es frecuente que un memorial escrito hace sesenta y un años suscite en el lector de ahora el interés y el placer de las obras impercederas. Acabo de vivirlo con “El mundo de ayer. Memorias de un europeo”, de Stefan Zweig, el autor vienes popularísimo en la etapa de entreguerras que sigue reeditándose incansablemente. En 1940 Zweig vivía refugiado en Londres y, a raíz de la invasión de Checoslovaquia y la entrada de Gran Bretaña en la guerra, pasó a tener el estatus de “enemigo” y se convirtió en apátrida. Embargado por la desolación, se puso a escribir la crónica del mundo irrecuperable que había vivido desde la infancia.

Stefan Zweig nació en Viena en 1881. Su padre, judío de Moravia, era fabricante de tejidos y la madre, Ida Brettauer, de origen suizo nacida en Ancona, en el sur de Italia, estaba vinculada por familia con la banca. Así, la primera época que Zweig describe con su característica elegancia de intelectual de Viena es la anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando la Europa burguesa, encarnada por la vieja Austria, confiaba ciegamente en la perdura-

*Continúa en la página siguiente*

## La Barcelona de un gran fabulador

Personajes inquietantes y enigmas literarios confluyen en una trama de intriga situada en plena Barcelona de posguerra. Carlos Ruiz Zafón, nacido hace treinta y siete años en la capital catalana y residente en Los Ángeles desde hace siete, publica “La sombra del viento”, una sorprendente primera novela para adultos tras su paso por la literatura juvenil. **PÁGINA 5**



El escritor barcelonés Carlos Ruiz Zafón

### NARRATIVA

Promesas y voces consolidadas de la joven literatura en catalán

6

### IDEAS

El foro del silencio: los intelectuales y la cita del año 2004

10

## APARECEN LAS MEMORIAS DE STEFAN ZWEIG Y KLAUS MANN

Viene de la página anterior

bilidad de sus formas de vida. Pese al sentimiento de pérdida que aquel tiempo despierta en el maduro y decepcionado Zweig, adopta una postura crítica respecto a la escuela, la universidad, las desigualdades sociales, la hipocresía social, la nobleza, los recelos que despierta la juventud anticonvencional en la sociedad austriaca. En contrapartida, su admiración por la efervescencia musical del país, por los cafés vieneses presentados como "clubs democráticos", el saludable cosmopolitismo de los viajes a Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica, España, países en los que nunca se sintió extranjero porque el continente era una suerte de patria común, unida por el espíritu, donde resultaba inconcebible que un atentado perpetrado en Sarajevo pudiera desencadenar aberrantes catástrofes.

Pero sobreviene el trallazo desesperado y, en los cuatro años de desvarío colectivo fomentado por oscuros intereses expansionistas, el mundo pueril y confiado del siglo XIX se vino estrepitosamente abajo. Zweig se queda casi solo con su idealismo europeo y su desesperación. Austria y Alemania han sido vencidas y humilladas. El siglo XX nace en 1918 de la desconfianza generalizada hacia los dirigentes políticos. Los años de mayor gloria literaria de Zweig coinciden con el asesinato del negociador de la paz, Rathenau, la inflación salvaje, la ascensión en la vecina Baviera de un agitador llamado Hitler al que se presta escasa atención, el miedo y los presagios que poco a poco se adueñan de las conciencias más lúcidas del dolido

*Tras la ascensión de Hitler, el popularísimo escritor vienés cayó en desgracia y, una vez exiliado, trazó esta crónica de su vida*

continente y entretanto Zweig, instalado en Salzburgo, se relaciona con las grandes celebridades (Gorki, Josef Roth, Joyce, Richard Strauss, Bartók, Alban Berg, Bruno Walter, Thomas Mann, Einstein, Valéry, su querido Freud), colecciona manuscritos de Bach, Beethoven o Balzac, trata de sobrelevar los crecientes desasosiegos hasta que, con Hitler ya encaramado al poder, su obra es pasto de las llamas, le es retirado el pasaporte y con él la nacionalidad, pierde casa y bienes y se le condena a vivir como extranjero en todas partes al tiempo que Europa, el mundo, "su" mundo, sucumbe al segundo cataclismo más apocalíptico si cabe, que hunde a Zweig y a toda la generación que personifica en los infiernos del caos.

Leer como lo cuenta él es impresionante. El libro prende y no suelta, quizá porque uno lo asume como la memoria de nuestro pasado cercano exprimida por la sensibilidad de un gran escritor que lo vivió con absoluta intensidad. El 20 de febrero de 1942, en la ciudad brasileña de Petrópolis, Stefan Zweig y su ex secretaria y segunda esposa, Lotte Altmann, cuidadosamente vestidos, se tendieron en su cama y engulleron una dosis masiva de Veronal para acabar de una vez con la insostenible desesperanza. Existe una fotografía sobrecogedora de sus cuerpos yertos, con las manos enlazadas. Muchos no quisieron comprenderlo. El orgulloso y no siempre ejemplar Thomas Mann tildó pérfidamente la decisión de Stefan Zweig de "egoísta" y de haber "faltado a su deber". En 1944 apareció "El mundo de ayer". Un año después brotaba de la muerte y las ruinas el mundo de hoy que Zweig, consumida su fe en cualquier futuro, se negó a conocer. Dejó muy bien explicado el por qué. ●



Stefan Zweig pocos días antes de suicidarse



Klaus Mann y su hermana Erika en 1930

# Fijaos, fijaos, este tiempo es extraño

## MEMORIAS

"Hijo de este tiempo"

Klaus Mann

TRADUCCIÓN DE CARLOS FORTEA • MINÚSCULA • 248 PÁGINAS • 2.500 PESOS

CARLES BARBA

Klaus Mann, el malogrado hijo mayor de Thomas Mann, escribió a lo largo de su corta vida (Munich, 1906-Cannes, 1949) dos autobiografías, una a los 26 años y otra a los 36. La primera de ellas, "Hijo de este tiempo" (1932), acaba de ser oportunamente publicada en España por Minúscula y relata la infancia y primera juventud del memorialista, enmarcándola en la Gran Guerra y en los años de la República de Weimar. La segunda entrega se titula "Punto de cambio" (1942) y fue escrita en el exilio americano. Su publicación en

alemán se retrasó hasta 1952, en que apareció póstumamente. "¿Por dónde empezar?", empieza diciendo el primogénito de los Mann en "Hijo de este tiempo". Y enseguida establece un supuesto: la infancia, llena de contenidos y carente de acontecimientos, es inenarrable, se escurre entre los hilos de la memoria. A menos que se sea un Proust, claro. El caso es que Klaus afronta el reto y revive con sensual fidelidad la atmósfera del hogar familiar en Munich y de la distinguida casa de los abuelos maternos en la Arcisstrasse, y recobra maravillosamente los veranos en Bad Tölz, hasta el punto de convertirlo en un verdadero Combray.

Aviso para fetichistas de la literatura: en la historia de Klaus la figura del padre aparece muy tenuemente, y casi es mucho más elocuente su ausencia. Irrumpe, por cierto, de manera muy antipática: en una ocasión, en la mesa, da un dátil a la hija mayor, Erika, y sólo a ella, para acto seguido comentar a sus otros perplejos hijos: "Es bueno que os acostumbreis pronto a la injusticia". Con el padre siempre recluso en el despacho y la madre a menudo internada en establecimientos alpinos para enfermos pulmonares, Klaus, Erika, Golo y Monika pasan a depender de efímeras y tiránicas niñeras, y de toda una cohorte de institutrices. Los cuatro hermanos (como las Brontë) se fabrican para sí un fantástico mundo

personal, y Erika y Klaus descubren el teatro, se maquillan, montan espectáculos de mimo. Estalla la Gran Guerra, pero los niños (en sus travesturas) no asumen ni de lejos su realidad, y más bien la consideran un asunto de los padres o de las clases de Alemán e Historia. Para entonces, a la pandilla de los Mann se han sumado las hijas de Bruno Walter, y el futuro autor de "Mefisto", en los albores de la pubertad, descubre en sí mismo, junto a una aspiración a la pureza espiritual, una fuerte atracción por el perverso y lo degradado.

El título de "Hijo de este tiempo" remite a unos versos de Hofmannsthal: "Fijaos, fijaos, este tiempo es extraño / Y tiene extraños hijos: nosotros". En consonancia con esta advocación, Klaus asegura (a los 15 años) no tener más orgullo que el de ser hijo de un tiempo peligroso. Pero en un lúcido ejercicio de autoconocimiento, se da cuenta de que, aunque anhela experiencias "fuertes", disfruta en la mesa cuando su madre le alarga el trozo de tarta más grande. Y aborda un delicado asunto, su primer y violento amor por un chico más joven que él, un colegial al que adora sin mayores consecuencias, pero que le mueve a escribir un corto relato, pieza por cierto espléndida que se da el gusto de intercalar. Para cuando tuvo tan fulminante revelación de su homosexualidad, Klaus por fuerza debía haber leído "La

muerte en Venecia", pero no deja aquí ni un átomo de la mella que pudiera haberle dejado.

Entre los 16 y los 17 años, Erika y Klaus (revoltosos e incorregibles en los colegios por donde recalaron) fueron enviados por sus padres a internados rurales de la zona del Rhón. En Odenwald, Klaus vivió rousseaunamente, dispensado por el director del centro de asistir a clase y dedicándose a escribir, a leer y a dar paseos por las praderas del Vogelsberg.

Estas memorias terminan con el "artista adolescente" indeciso sobre el rumbo que dar a su vida, dando tumbos ahora entre Hamburgo y Heidelberg (en donde conoce al gran Curtius) y haciendo por fin el ansiado viaje a Berlín. En esta escapada, asiste con Erika a un cabaret genuino, y sin ella concurre a locales donde los chicos bailan con chicos. Para esas fechas, vuelve a rondarle la idea del suicidio, el vértigo de "querer dejarlo todo cuando se está en el mejor momento". Faltaban 25 años para que esa tentación se le hiciera irresistible. ●

*El hijo mayor de Thomas Mann relata su infancia y juventud enmarcándola en la Gran Guerra y la República de Weimar*

## Dos suicidas unidos por el antinazismo

■ Stefan Zweig y Klaus Mann representan dos destinos alemanes marcados por las convulsiones del siglo XX. Ambos (Klaus en seguida, Zweig, irresoluto, mucho más tarde) engrosaron las filas de la intelectualidad emigrada durante el nazismo, y los dos acabaron sumando su nombre a la trágica nómina de suicidas en unos tiempos de alto peligro.

Las vidas de ambos se cruzaron varias veces a lo largo de más de treinta años. En la década de los veinte, Zweig, que era un autor de éxito en toda Europa, utilizó su prestigio e influencias para apadrinar alende fronteras a escritores alemanes como Klaus, Ernst Fischer, Joseph Roth o Eric Maria Remarque. Klaus, sin embargo, estaba lejos de guardarle una lealtad incondicional, y cuando en 1930 Zweig saludó como una sana revuelta de la juventud los 107 diputados que el partido nazi obtuvo en las elecciones del Reichstag, le replicó en una carta abierta, "Juventud y extremismo": "Si hay alguien que merezca dirigirse a la juventud, sois vos, venerable Stefan Zweig. Pero me parece que vuestra simpatía por la juventud os ha-

ce malinterpretar aquí la naturaleza de su revuelta. Y con los nacionalsocialistas, os aseguro que vamos abocados a la catástrofe total".

Las tirantezas entre Zweig y Mann junior se acentuaron en el decisivo año 1933. Para entonces, Klaus Mann estaba ya en el exilio en París y Amsterdam, y había adoptado frente al ascendente Hitler una beligerancia sin cuartel. Zweig en cambio tuvo una postura muy cautelosa ante los primeros desmanes, e incluso cuando en abril de 1933 los nacionalsocialistas excluyeron sus libros de las bibliotecas públicas, en lugar de sublevarse, escribió a su colega Roman Rolland: "Estoy cansado de ser una estrella literaria, y creo que unos años en la sombra me vendrán bien". Precisamente Klaus Mann le puso contra las cuerdas cuando por esas fechas le pidió colaboraciones para la revista cultural "Die Sammlung", fundada por él en el exilio, y Zweig le prometió en principio extractos de su "Erasmo". La cuestión es que, en cuanto llegó a manos de Zweig el primer número de la publicación, su radicalismo político le asustó, y al final se echó atrás

(como se retrajo también el propio Thomas Mann). "Reculéis para no ofender a Goebbels", escribió Klaus a Zweig, abochornándole por su inhibición.

En todo caso no romperán relaciones, y cuando el propio Zweig pase a la emigración, coincidirán en Zurich, en Kapuzinerberg y en América. En 1940 Zweig se alojaba en el hotel Wyndham de Nueva

York, y el 4 de junio dio un cóctel en honor de sus amigos alemanes y austriacos (Klaus no faltó). Está claro que Zweig en aquella época era ya una sombra de sí mismo, pero aún bregaba por conservar una imagen de escritor mundano y cosmopolita. El "Reader's Digest" le pidió unos consejos para sus lectores sobre el arte de vivir, y él se

brindó a darlos gentilmente. Pero una carta a su amiga Frederike enviada la misma semana atestigua que por dentro estaba roto: "No soy nadie y no tengo ninguna ilusión por vivir".

Klaus Mann en esos meses le vería varias veces errante por las calles de Manhattan, envejecido, sin afeitar y con el paso vacilante. Abordado un día por él en plena vía pública, Zweig recobró de repente el sentido y se puso para Klaus su máscara de vienés elegante. Ya no se verían más. Cuando en 1942 Zweig se suicidó en Petrópolis con su pareja, Klaus Mann, que se suicidaría siete años después, escribió a propósito de aquel último gesto: "En principio la vida tiene un valor en sí mismo y debe conservarse. Pero aquel que abandona su vida de motu proprio se sustrae a una moral que mide los actos por un rasero convencional. ¿Estaba en su derecho, Zweig, cuando se quitó la vida? ¿Estaba actuando como un derrotado? ¿Su muerte voluntaria altera la validez de su obra? ¿Y si es así, en qué medida? Esta última cuestión es la única que de verdad merece ser contestada".

*Fueron más de treinta años de tirantezas entre ambos autores, pero el vínculo no llegó a romperse nunca*

York, y el 4 de junio dio un cóctel en honor de sus amigos alemanes y austriacos (Klaus no faltó). Está claro que Zweig en aquella época era ya una sombra de sí mismo, pero aún bregaba por conservar una imagen de escritor mundano y cosmopolita. El "Reader's Digest" le pidió unos consejos para sus lectores sobre el arte de vivir, y él se